

Bajo los bosques plateados

Luis Fernando Macías Zuluaga

La única posibilidad que tenemos de ofrecer una conciencia del ser es esta vida en la que confluyen cuerpo, mente y espíritu.

*A Juan Armando Rojas Joo,
Jennifer Rathbun, Carlos Aguasaco
y Carolina Zamudio*

Eran las seis y cuarenta y cuatro minutos de la tarde cuando el murciélago entró en el auditorio del aula magna, en Ohio Wesleyan University. Yo había empezado a leer, tercero en el orden, a las seis y treinta y ocho. Según el protocolo, se leía el poema en español, seguido de la versión en inglés. Leí “Esperanza”, después “Mercedes” y, en el momento en que inicié la lectura de “Elegía múltiple”, apareció.

Hubiera sido lógico que me asustara o que me perturbara, puesto que entró justo en frente mío, por la ventana del fondo del auditorio, a mi derecha; pero en vez de temor o preocupación sentí una rara alegría, algo así como una sensación de libertad y satisfacción ante el cumplimiento de un deber sagrado.

Por la hora, supe que no era un pájaro. Llegó raudo, volando por el fondo hacia su derecha, después hacia el frente y hacia su izquierda, pasando sobre nuestras cabezas (la de la mujer que leía en inglés y la mía), hasta el rincón, desde donde cruzó el auditorio.

Estos son los versos que estaba leyendo en el instante en que ingresó al salón: *El*

Sagrado Corazón de Jesús atravesó el vidrio de la ventana / para anunciarle a Mercedes que había venido por ella... Aunque me había invadido una rara felicidad por el acontecimiento, tuve el valor de esperar a que el animal diera dos o tres vueltas sobre el coro de miradas, cuya unanimidad era extrañeza, así cada una expresara un matiz diferente de la sorpresa, desde el terror hasta el simple desconcierto.

Cuando se hubo detenido en alguna de las vigas del techo, continué hasta terminar la lectura, sin el convencimiento de que me estuvieran escuchando. Vino entonces mi compañera a leer en inglés. A la felicidad que tenía, su voz agregó esa sensación de plenitud que nos produce la belleza. Era una voz redonda de mujer sensual que a la vez pronunciaba los versos con delicada entonación y articulación perfecta.

El público, en su mayoría estudiantes de la universidad, se había compenetrado con ella y con su lectura. En inglés captaban mucho mejor el sentido del poema, pero cuando ella leyó: *Esperanza migrated towards the North, like birds who seek the illusion of a lake in the deicing, / but their wings didn't find relief in returning, and their ashes get frozen each winter... (Esperanza emigró hacia el norte como las aves que buscan la ilusión de un lago en el deshielo, / pero sus alas no encontraron el alivio del regreso y sus cenizas se congelan cada invierno...)*, justo en ese momento el murciélago emprendió de nuevo su sobrevuelo, hasta cuando encontró la ventana de salida y se fue.

Al regresar a la mesa junto a mis compañeros, había perdido todo contacto con lo que seguía sucediendo en el recinto. No era lógico que un murciélago pasara de la oscuridad del campo a un ámbito iluminado, pues para ellos la luz es un estorbo táctil. Su mundo es la oscuridad y su orientación, un radar natural. Desde un punto de vista lógico, el murciélago tenía que estar perdido o fuera de sus cabales. Luego, si entró, contradiciendo su naturaleza, el hecho debe tener una explicación: ¿Por qué vino justo en ese preciso instante y por qué no sentí ningún tipo de temor o aprehensión ante su presencia? ¿Por qué se detuvo después de los versos que correspondían a Mercedes en la “Elegía múltiple” y por qué volvió a volar en el instante en que ella leía los de Esperanza?

4 La primera luz que se me ocurrió para responderme estas preguntas fue reconocer que no tenía por qué estar leyendo esos poemas allí, ya que mi intención al viajar a Estados Unidos ese otoño había sido leer únicamente los poemas de *El libro de las paradojas*, y así lo había hecho en todas las lecturas del festival de Nueva York. La idea de leer una secuencia de poemas de *Del barrio las vecinas* había surgido allí, en Ohio, al comienzo de esa tarde, durante una de las lecturas que hicimos en la clase de Juan Armando Rojas Joo, nuestro anfitrión en Delaware, cuando uno de nosotros contó la historia de su infancia en un barrio de Bogotá, treinta años atrás. “Esta noche leeré los tres poemas que resumen la historia de Esperanza y Mercedes”, me dije.

Del barrio las vecinas lo escribí entre 1979 y 1980. El 11 de abril del 79 terminé de escribir una novela en la que había trabajado desde el 6 de marzo anterior. El escenario

de los acontecimientos estaba definido por algunos barrios de la comuna centro oriental de Medellín, especialmente La Milagrosa y, en este, nuestra casa. El narrador de la obra era un muchacho refugiado, en la primera persona de la empleada del servicio. Mientras escribía, estaba convencido de que los hechos referidos eran verdad absoluta, pero en el desarrollo mismo del trabajo descubrí que una cosa es la realidad y otra muy distinta nuestra visión o nuestra memoria de ella; por mucho que intentemos serle fieles, nunca lo podremos conseguir. Ante nuestra conciencia se presentan dos misterios inasibles: la realidad y la ficción. Entre uno y otro, no nos es posible saber cuál de los dos es el más verdadero. La verdad está muy por encima de ambos misterios y de nuestro alcance.

Como uno de los personajes más importantes de la novela era Mercedes, a quien la protagonista llamaba doña Mechas, surgió en mí la idea de un segundo libro: una colección de poemas en los que el lector pudiera percibir una voz constante, en medio de múltiples voces femeninas que constituirían un coro de mujeres, cada una cantando la suma de su ser en un fragmento. Las escogidas para este propósito fueron las amigas de Mercedes; es decir, la generación de las ancianas y mujeres adultas del barrio. Un asunto esencial en la vida de aquella cuyo nombre le daría título al poema —o una síntesis del hecho más trascendente de su existencia desde el punto de vista del muchacho cuya voz sería la voz poética del libro— definiría el tema de los capítulos, cada uno de los cuales habría de ser un poema. Mientras escribía comprendí que la voz poética es una entidad que corresponde al mundo de la ficción, aunque anhele la realidad.



ErreMora (Morata). Pintura digital. https://www.instagram.com/morata_studioart/

Después del recital fuimos a una comida que ofrecía el comité de representantes estudiantiles en el sótano que les servía de sede para sus reuniones: tortillas, queso, lechugas, pico de gallo, guacamole, crema agria, maíces tiernos, carne al pastor, nachos y frijoles refritos. Durante la comida, todos departían en grupos de agradables conversaciones y los jóvenes bailaban haciendo coreografías medio conocidas, medio improvisadas, en tanto que yo no dejaba de pensar en lo que podría significar la visita que había recibido durante la lectura.

El festival se clausuró al día siguiente en el recital de la noche. Después hubo una comida en un restaurante del pueblo, donde nos despedimos para regresar a Nueva York, la mañana del 10 de octubre, con el vivo recuerdo de los arces dorados, las ceibas y los abetos del campus universitario.

Si quería encontrar respuesta a algunas de las preguntas, debía indagar en mi memoria lo que allí se conservaba de las historias de Esperanza y Mercedes en relación con el libro en el que mi intuición las había reunido treinta y ocho años atrás. Mercedes,

mi madre, nació en el Carmen de Viboral un 27 de septiembre de 1914. Siempre quiso hacernos creer que había un error en el registro de su partida de bautismo, porque en verdad ella había nacido en el 16; pero cuando se acercaba su último cumpleaños, el número ochenta, reconoció que sí había nacido en el 14. Cuando tenía diez años, murió su padre, el abuelo Marco Tulio. Entonces los hijos varones, que eran siete, cuyas edades oscilaban entre los ocho y los veinticinco años, abandonaron la casa, incluido Lucas, el menor, de modo que quedaron las dos mujeres solas. La abuela Fernanda, al ver que no podría atender el cultivo de la tierra con la única compañía de su niña, decidió irse. En un principio fueron a Cocorná, donde recibieron posada en las casas de algunos familiares hasta agotar ese recurso. Fue entonces cuando decidieron viajar a Medellín.

Por la época en que llegaron, Esperanza, que era unos años mayor que Mercedes, estaba a punto de casarse con Maximiliano, con quien había fundado una talabartería en La Milagrosa. Como Mercedes sabía tejer sombreros con fibra de caña, le dieron trabajo en la talabartería y allí empezaron una nueva vida, signada por el nombre de la mayor de las dos que, en adelante, irían a ser grandes amigas, algo así como mucho más que hermanas. Cuando nacieron las hijas mayores de Esperanza, Mercedes fue la madrina y, más tarde, cuando nacieron las hijas de Mercedes, la madrina fue Esperanza, de modo que las dos familias crecieron como si fueran una.

Corría la década de los años sesenta cuando Carlota, la hija mayor de Esperanza, emigró a Augusta, en Maine. Era la mejor época del sueño americano. Detrás de Carlota se fueron en fila, Luz, Gilma, Nelly... Y, cuando

murió Maximiliano, las hijas quisieron llevarse a la madre.

No llevaba más de dos años en su nueva morada, cuando empezó a escribirle a Mercedes con la ilusión de que al menos fuera a visitarla. Las cartas iban y venían expresando el anhelo mutuo de volverse a reunir. En nuestra casa habían muerto los tíos, mi padre y mi hermano Rafael. Los demás se habían casado, menos Fabio y yo. El tema de conversación más recurrente de Mercedes después de los números ganadores de la lotería era la pregunta de cómo hacer las vueltas para conseguir la visa americana para irse a visitar a su amiga.

Cada año, por la época de Navidad, Esperanza escribía largas postales hablándole a Mercedes de la nieve y del intenso frío del invierno en la región. “¡Cómo gozaríamos, querida amiga, caminando juntas entre los bosques!”, le decía en sus notas. Y mi madre suspiraba. Ese anhelo nunca se cumplió. Ignoro las razones. Hasta 1980, año en que me fui de la casa a iniciar mi propia vida familiar, parecía que ese sueño pronto iría a cumplirse. Pero pasaron los años y nunca se dio. Seguramente las cartas y las postales siguieron llegando a la casa hasta el día en que fueron reemplazadas por las noticias de la enfermedad y la muerte de Esperanza.

Cuando esto sucedió, retomé el libro que yacía olvidado en un cajón de mi biblioteca y reescribí el poema de Esperanza a la luz de esta historia. Es curioso, pero al realizar la tarea ignoraba la profundidad de los sentimientos que unían a estas dos mujeres. Tan solo vagamente logré formularme la dimensión de la tristeza de Mercedes al saber que su amiga había muerto sin alcanzar el paliativo de una despedida física



ErreMora (Morata). Pintura digital. https://www.instagram.com/morata_studioart/

entre las dos. No obstante, mi intuición logró vislumbrar la imagen de las cenizas de Esperanza, congelándose cada invierno, bajo los bosques plateados de un cementerio en Augusta.

Durante el viaje de regreso, y ya en las clases, no dejaba de repasar estas imágenes en mi memoria, hasta el punto de que ocho días después, mientras esperábamos a los alumnos del taller de los jueves, no pude contenerme y les conté a los tres que ya habían llegado la historia de la visita del murciélago en medio del recital. “No he podido saber qué significa ese hecho”, les dije. Entonces una de ellas, la de cabello intensamente blanco con un mechón casi púrpura a manera de cresta, replicó: “Busquemos qué significa el murciélago como símbolo”, e inmediatamente escribió la palabra en el teléfono y esto fue lo que leyó:

El murciélago es el único mamífero que vuela. Medio ratón medio pájaro es un animal

extraño, nocturno, capaz de guiarse por los sonidos.

En China, los murciélagos son un símbolo de la felicidad y el provecho. La misma palabra “fu” significa a la vez felicidad y murciélago. Allí lo asocian al número cinco. Cinco murciélagos son un amuleto famoso que representa los cinco elementos que componen la felicidad y que son: salud, riqueza, larga vida, buena suerte y tranquilidad, sobre un fondo rojo que significa para ellos la alegría.

El murciélago es un tótem poderoso. Animal de poder de brujos y chamanes. La gente le tiene miedo, temor, asco... aunque es innegable que es un animal de gran belleza.

La palabra clave de este tótem es: renacimiento. El hecho de vivir en cavernas y en la más profunda oscuridad hace que, simbólicamente, se le relacione con la muerte y el renacimiento.

Todos los rituales de iniciación, desde la antigua Grecia, pasando por los Mayas, y por los pueblos que habitaron nuestra Tierra

del Fuego, incluían el pasaje de la muerte y la resurrección del guerrero. Antes de ser declarado adulto, antes de ser un ya iniciado, el sujeto debía morir simbólicamente y resucitar.

La muerte se refiere a dejar el viejo “yo”, las mañas inadecuadas e infantiles, la querida neurosis, y salir de la caverna y la oscuridad convertido en un nuevo ser, en un adulto.

Por eso Cristo estuvo en una caverna y resucitó al tercer día. Los guerreros eran enterrados, o encerrados en una cueva, o debían sobrevivir a una dura prueba, donde la posibilidad de morir era real.

Si transitas en estado de murciélago en estos días, la muerte y la oscuridad se presentaron de improviso. Lo peor y lo mejor de nosotros apareció. Debemos pasar la prueba y renacer al final del proceso. Entender qué nos pasó, cuáles son nuestras prioridades, en qué nos hemos equivocado a lo largo de estos años.

El murciélago como tótem, te enfrenta a un período lleno de pruebas y desafíos que deberás sortear. Toma conciencia de que este pertenece a un proceso de cambio global, y que la posibilidad de dejar la vieja piel detrás es real.

Es un gran y poderoso tótem para aquellos con inquietudes espirituales y místicas o que buscan la clarividencia, los poderes psíquicos y que quieren experimentar otros niveles de percepción.

Confieso que escuché esta lectura con una emoción tan viva, que en un principio no entendí nada o casi nada. Después, en la tranquilidad de mi escritorio, abrí la página de internet para volver a leer y, todavía sin entender, busqué algunas páginas más, de las cuales pude sacar en claro que el murciélago es símbolo de la comunicación en muchas culturas y, en unas pocas, muy antiguas, de la comunicación con el

inframundo; esto es, el inconsciente y los muertos.

“¡Eso es, pensé, la comunicación con los muertos!”.

Según eso, mi tarea era reunir a las dos amigas que habían muerto sin poderse despedir.

Con mis poemas, estaba trazando un puente entre la vida y la muerte, entre sus momentos finales y el presente sanador de un mensaje de amor más allá de la vida y de la muerte.

Hago este relato como la formulación de la continuidad de mi pregunta: ¿Qué tanto hay de verdadero en el tejido de una ficción literaria?

Dejo ahí los hechos, dejo las preguntas. Soy consciente de que carezco de la más mínima autoridad para ensayar una respuesta. “Un hombre que ve agua en un espejismo intentará beberla, mientras otro que no ve nada allí sino un desierto no se inclinará sin duda (a beber). De la misma manera, quien ve la verdad del ámbito del Ser no correrá tras las cosas que se pueden conseguir... ya que son como espejismos, objetos de la visión del ignorante” (Comentario de Sánkara al IV, 4, 22 de *Upanisad*).

Diciembre de 2017

Luis Fernando Macías Zuluaga es narrador, poeta, ensayista y editor. Profesor de literatura de la Universidad de Antioquia, dirige el taller de escritores de la División de Cultura y Patrimonio de la misma universidad. Ha publicado, entre otros, los libros: *Amada está lavando*, *Ganzúa*, *Del barrio las vecinas*, *El juego como método para la enseñanza de la literatura a niños y jóvenes*, *El jardín de origen*, *Eugenia en las sombras*, *La expresión poética* y *Las muertes de Jung*.